

La filosofía y Europa

José Luis Rozalén Medina

Catedrático y Doctor en Filosofía.

Miembro del Instituto Emmanuel Mouier.

Los hombres de nuestro tiempo, los europeos de hoy día, no estamos ya en la encrucijada: *estamos a la intemperie*. Sin techo común que nos ampare, sin horizonte que nos arrastre, sin ideal o valor que nos ilumine, caminamos a la deriva como sangrantes Edipos con las cuencas vacías.

Sin embargo, Europa no puede aceptar ser mero nombre vacío de contenido, sino que debe aspirar a ser una patria común; no puede identificarse con una bella, pero huera, palabra, sino que debe simbolizar, orgullosamente, el largo caminar de la razón hacia la conquista de la libertad y la dignidad, el ejemplo vivo e inmarcesible en el que se miran los demás pueblos del mundo...

Europa debe ser imaginada, pergeñada, construida por los europeos en meditación permanente y solidaria. Somos lo que somos por referencia a los demás, por lo que hemos de evitar la desmembración y el aislamiento. El logos griego, en fructífera dialéctica con la *virtus* romana, la *caritas* cristiana, la *humanitas* renacentista, la *rationalitas* ilustrada, la *vida impregnada de razón* orteguiana..., han ido tejiendo nuestro más genuino entramado histórico, y no podemos renunciar a ninguno de nuestros ancestros...

Solía decir Unamuno que si profundizamos en las cosas, observamos que *lo universal y lo individual casi siempre coinciden*. No

hay oposición en sentirse español, inglés o francés, y comprender, además, que todos pertenecemos a esa realidad histórica llamada Europa, crisol de siglos, contraluz de vivencias, síntesis abigarrada de conquistas y fracasos.

Pero, por otra parte, y ciñendonos ahora a nuestro pueblo, ¿qué proyecto de futuro van a construir los jóvenes españoles, si se les quiere eliminar todo conocimiento de su pasado europeo? ¿Cómo se puede saber a dónde debemos ir, si se desprecia lo que somos y lo que hemos sido? ¿Cómo se puede exigir educación en los valores, si estamos cortando las raíces vigorosas de aquellos hombres privilegiados que dedicaron sus vidas a profundizar sobre la verdad, el bien y la virtud? Escribe Goethe: «Quien de tres milenios no sepa darse cuenta, permanezca en lo oscuro, inexperto, torpe, y viva siempre encadenado al día de hoy».

¿Cómo se puede decidir irresponsablemente desde un sillón, «a golpe de tñpex», que en el bagaje cultural y vital de un ciudadano español, sea médico, ingeniero, comerciante o cantautor, no aparezcan aquellas mentes magníficas, personalidades poderosas que han ido iluminando con su reflexión racional y libre los senderos de la historia y de la vida, que se han ido pasando el testigo de la filosofía y de la cien-

cia, que nos han prestado sus anchos hombros para que nosotros, pigmeos de cada día, oteemos el futuro con cierta esperanza?

Y no estamos defendiendo una vuelta estéril y repetitiva al «osario de ideas momificadas» de otros tiempos, sino que abogamos por la capacidad de reflexión, por la conquista de la autonomía moral, por la educación en los valores personales y comunitarios, por el rigor metodológico y científico, por la profundización en los grandes problemas...; en definitiva, abogamos por la insondable riqueza espiritual que los grandes pensadores de todas las épocas siguen ofreciendo a la humanidad. Porque hay muchos españoles (¿miedo al pensamiento libre?) que no se quieren enterar de que entre sus *vivencias religiosas* y el *conocimiento científico-técnico* debe aparecer con todo su vigor la *racionalidad filosófica*, lejos, por igual, de las creencias personales como de los reduccionismos cientifistas y cuantificados: *la filosofía habla fundamentalmente del sentido total de la vida*, y eso es definitivo.

«¡Muerte a la filosofía! ¡Decapitemos el pensamiento!», resuenan las voces de los sepultureros nominalistas e informatizados. Y no saben ellos que eso es como querer prohibir la brisa al atardecer, la lluvia en la montaña, el rumor de las olas en cada ocaso; no saben estos pobres diablos que

en cualquier rincón de España, cualquier día, muchos días, inevitablemente, alguien leerá a Platón y «se hará de nuevo la luz en medio de la caverna».

«Languidecen en España los mejores talentos», escribía apesadumbrado D. Miguel de Unamuno, «por falta de ambiente..., por falta de apoyo social, como no se sostiene la elevada cumbre de una pirámide si es pequeña su base de sustentación».

¡Triste país éste, en donde los ladrones, corruptos, vividores y oportunistas se mueven a sus anchas, en donde toda la filosofía en vigor se puede resumir en la frase que escuché a un prohombre de la patria: «Es casi seguro que la "filosofía" de Roldán al huir de España es diferente a la de Rubio en sus últimas declaraciones» (!).

En esta encrucijada preocupante, ¿qué puede aportar hoy la Filosofía al proyecto español y europeo?

En palabras de Adela Cortina: «Desde los griegos, la marca está registrada: *la Filosofía debe mejorar la conducta de los hombres*. Ni más, ni menos. Si observamos el caos económico-social que, tras la caída del marxismo, se enseorea de los países del Este, en donde, como muestra de la situación, pululan por las calles de Moscú miles de niños asilvestrados, delincuentes efectivos; si observamos la masacre de «lesa humanidad» que se está produciendo en la antigua Yugoslavia; si percibimos el insoportable hedor que sube, pestilente, desde las cloacas del dinero y la corrupción del neocapitalismo occidental, no tenemos otra solución que *volver a las prístinas fuentes de la reflexión filosófica, para impregnar así la política y la sociedad de responsabilidad ética y de compromiso comunitario*.

Frente a la xenofobia, al desprecio, a la marginación que contemplamos, *es un hecho evidente que caminamos hacia el mestizaje, hacia la intercomunicación de razas y pueblos*. Como afirmaba metafóricamente Carlos Díaz en el Congreso «La Filosofía ante la encrucijada de la Nueva Europa», «no me valen ni *Atenas* ni *Jerusalén*, por separado: *Miami* no me interesa; la única solución está en una especie de *Flórenciá renacentista, Eutopía integradora* de todos los valores existentes».

A Europa le sobra ciencia, pero le falta sabiduría, le sobra técnica, pero le faltan ideales, le sobran políticos sofistas, pero le faltan personas que sepan a dónde hay que dirigir la platónica barca del Estado: «Lo importante», decía Sócrates, «no es vivir o morir, sino vivir justamente para poder morir con dignidad»... «Peor es causar el mal a los demás que padecerlo uno mismo».

La filosofía, la ética (como parte fundamental de ella) deben bajar al ruedo, a la plaza pública, al cine y al teatro, a la televisión y al periódico, para hablar a esos europeos que, en palabras de Ortega, «están cansados de la función de esperar», dándoles «el verdadero sentido de la realidad, que es libertad, que es solidaridad, para evitar así las fuentes de la angustia».

Sólo una verdadera democracia puede permitir el uso de la razón y la filosofía. Las falsas democracias, disfrazadas, no soportan el ilustrado *sapere aude* («atrévete a pensar») ni la claridad cegadora y equilibradora de la reflexión libre.

«El filósofo», escribe Husserl, «es el funcionario de la humanidad; su misión es la humanización del hombre... Él lucha con-

tra el uso alienante de la ciencia, para así reconquistar el significado del hombre, de su sociedad, de su historia... La filosofía debe ejercer constantemente en el ser de la humanidad la función de ser rectora permanente».

¿A quién pueden molestarle tan nobles objetivos? ¿No será que, como recordaba Ganivet, «la restauración de nuestras fuerzas exige... una subordinación absoluta de la actividad a la inteligencia, a la razón, a la cabeza..., y estas importantes facultades nos faltan desde hace mucho tiempo?»

Esperemos que no sea definitivamente así, y podamos llevar a nuestros jóvenes, como se dice en las orteguianas *Meditaciones del Quijote*, de cuyo nacimiento celebramos ahora el ochenta aniversario, «el amor intelectual a la Verdad, nuevas facetas de sensibilidad moral, una patriótica preocupación de redimir a España, ese promontorio espiritual de Europa que cuando deja de ser dinámica y creativa cae de golpe en un hondísimo letargo y no ejerce más función vital que la de soñar que vive».

Si, a pesar de todo, a pesar de los enanos de la nada, de los con torsionistas de la superficialidad de los maquinistas del simple desarrollo, conseguimos no apagar en nosotros la llama de una búsqueda filosófica armonizadora, interdisciplinaria, fundamentadora, que dé sentido a la ciencia y a la vida, entonces el futuro está garantizado. Tendremos los españoles, en esas circunstancias, el derecho a la esperanza en una elevación de la altura moral de nuestra nación, construiremos así una Europa más racional y solidaria, un mundo más humanizado y feliz. ■